

## La humildad

Después de la *presencia de Dios*, la gran actitud adoradora de un alma, por cuanto asegura la verdad entre la creatura y Dios, es la **humildad**.

Fácil es entender por qué esta actitud es necesaria para adorar: la adoración supone el reconocimiento del todo de Dios, y de su supremacía en todos los órdenes: de perfección, de autoridad, de principio y finalidad; y, por contraste, el anadamiento de la creatura frente al Ser de Dios, la dependencia voluntaria de sus leyes, y la alabanza de sus infinitas perfecciones.

Para considerarlo, acudiremos esta vez al pecado de Lucifer y de nuestros primeros padres: • pecado de *orgullo* y de independencia respecto de Dios; • y, por lo mismo, pecado de *mentira* por parte de la creatura.

### 1º El orgullo, contrario a la adoración debida a Dios.

Si algo le echa en cara Nuestro Señor al diablo, es «*no haber verdad en él, por cuanto él no se mantuvo en la verdad*» (Jn. 8 44). Así pues, todo el pecado de Lucifer consistió en no haberse mantenido en la verdad. ¿En qué verdad? En lo que él debería haber sido ante Dios, tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural. En efecto, un ser es verdadero, y se mantiene en la verdad, en la medida en que responde al pensamiento y al plan de Dios.

*Dios había otorgado a Lucifer bienes excelentísimos: una condición puramente espiritual, el estado de gracia, una elevadísima caridad. Todo eso la creatura no puede procurárselo por sí misma: es pura bondad de Dios. Lo único que Dios le pedía era que se mantuviera, por su fidelidad, en esos dones recibidos. Mas el demonio, por su rebeldía, salió del pensamiento y del plan de Dios: falseó su ser, dejó de ser un ente de verdad para ser un ente de ficción, falso, mentiroso: • pretendiendo ser más de lo que era, por el amor desordenado de su propia excelencia; • rechazando la gracia y la gloria, esto es, los medios y el fin propuestos por Dios; • y elaborándose un mundo según sus propias ideas.*

Ese es propiamente el **pecado de orgullo**, que consiste en el *deseo desordenado de la propia excelencia*, y, por lo tanto, en querer liberarse de todo lo que puede empañarla, encadenarla, disminuirla. Y ese pecado es, respecto de Dios, la negación práctica de su suprema excelencia, y el rechazo a entrar en sus designios y voluntades. En eso consiste justamente la mentira para un ser: en colocarse fuera de las voluntades divinas. Y es evidente que tal actitud atenta directamente contra la adoración debida a Dios.

## 2º La humildad, base de la adoración a Dios.

La humildad, al contrario, nos coloca ante Dios en nuestro verdadero lugar. Es **la humildad** una virtud derivada de la templanza, que nos inclina a cohibir el desordenado apetito de la propia excelencia, dándonos el justo conocimiento de nuestra pequeñez y miseria, principal y formalmente con relación a Dios y por reverencia a Dios.

1º Su objeto es, por lo tanto, **reprimir el orgullo**, o tendencia de nuestra naturaleza viciada a exaltarnos más allá de la recta razón, ya a nuestros propios ojos por la *estima desordenada de nosotros mismos*, ya a los ojos del prójimo por la *búsqueda desordenada de la estima ajena*.

2º Mas su motivo formal es **la reverencia debida a las infinitas perfecciones de Dios**, que vincula a esta virtud muy estrechamente con las virtudes teologales y le otorga cierto carácter de culto y veneración a Dios.

*Nuestras limitaciones y miserias, en cuanto creaturas pecadoras, son también un motivo de verdadera humildad; pero si fueran el motivo único o principal, no podrían haber practicado esta virtud ni Nuestro Señor Jesucristo, que declaró ser «manso y humilde de corazón» (Mt. 11 29), ni la Santísima Virgen, que pregonaba que «Dios ha mirado la humildad de su esclava» (Lc. 1 49), ni los Santos, en los que esta virtud brilló de manera eminente.*

**Cristo, en cuanto hombre**, fue verdaderamente humilde incluso en su juicio interno. No podía juzgarse vil o imperfecto, porque conocía su excelencia e impecabilidad por su unión personal con el Verbo y, por lo mismo, se sabía digno de todo honor y reverencia; pero su santísima humanidad sabía también que todo lo había recibido de Dios, y así refería a la divinidad todo el bien que poseía y todos los honores que le tributaban, y se mantenía interiormente anonadada ante la majestad infinita del Verbo al que se veía personalmente unida.

**La Santísima Virgen** reconocía también que Dios había hecho en Ella grandes cosas, pero para remitirle luego a El toda la gloria. Embargada por el sentimiento de la majestad y soberanía de Dios, se mantuvo siempre en su actitud de esclava del Señor, aun cuando Dios la eligió por Madre suya, y supo hacer siempre su alimento, como su Hijo, de la voluntad del Padre celestial.

**Los Santos**, a medida que van creciendo en perfección, van recibiendo de Dios mayores luces sobre sus infinitas perfecciones, que les hacen percibir con mayor claridad el abismo existente entre la grandeza de Dios y su propia pequeñez y miseria. El resultado es una humildad profundísima, que les hace colocarse siempre por debajo de todos por la reverencia debida a Dios, presente en los demás y en todas partes.

## 3º Fundamentos de la humildad.

Es errónea, por lo dicho, la persuasión de la gente del mundo, que se figura que, para ser humilde, hay que cerrar los ojos a la luz y atribuirse toda clase de defectos. Nada más falso. Al contrario, la humildad se funda **en la verdad y en la justicia**.

1º La humildad cristiana es **verdad**. Clásico es ya el dicho de Santa Teresa, de que la humildad es «*andar en verdad*», pues nos da el conocimiento exacto de nosotros mismos, haciéndonos ver a la luz de Dios lo que somos: creaturas de Dios, y creaturas pecadoras.

*Como creaturas de Dios, la humildad nos autoriza a ver y admirar los dones naturales y sobrenaturales que Dios ha depositado en nosotros, pero refiriéndolos siempre a Dios, de quien los hemos recibido. Todo lo que somos, tenemos y podemos, en el orden natural y en el orden sobrenatural, nos viene íntegra e incesantemente de Dios. De ahí el dicho del Apóstol: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si es así que lo recibiste, ¿a qué gloriarte, como si no lo hubieras recibido?» (I Cor. 4 7). Por eso, en vez de envanecernos por estos dones, la humildad nos lleva a mostrarle a Dios nuestro más cabal agradecimiento.*

*Como creaturas pecadoras, la humildad nos lleva a rebajarnos ante Dios por nuestra impotencia nativa para levantarnos de nuestra condición pecadora sin el auxilio de la gracia de Dios. • Pecadores lo hemos sido en el pasado, sólo Dios sabe cuántas veces y hasta qué grado. • Pecadores lo seguimos siendo en el presente, por las malas tendencias que el pecado original ha dejado en nosotros, y que son germen de todos los vicios y pecados. • Pecadores podemos seguir siéndolo en lo futuro, ya que, en un sinnúmero de ocasiones que sólo Dios conoce, y sin el auxilio de su gracia, caeríamos en los mayores pecados.*

2º La humildad cristiana es **justicia**. Al admirar un cuadro, nuestro homenaje se dirige al artista, no al pincel o a la tela. Del mismo modo, al contemplar los dones y gracias de Dios en nosotros, la humildad nos lleva a glorificar, no el bello paisaje que contemplamos en ese lienzo, sino al divino Artista que lo pintó: «*Al Rey de los siglos, al solo Dios inmortal, invisible y único, honor y gloria por los siglos de los siglos*» (I Tim. 1 17). Es más: si consideramos lo que nos corresponde frente a Dios en rigor de justicia:

*Como creaturas de Dios, la humildad nos lleva a colocarnos en nuestro verdadero lugar ante Dios, que es el de siervos dependientes en todo de El, a acatar con gratitud todas sus voluntades y leyes, y a buscar sólo la plena realización de sus designios sobre nosotros. La humildad se expresa entonces bajo forma de la obediencia y del abandono más completos en las manos de Dios.*

*Como creaturas caídas y culpables, la humildad nos hace reconocer que no tenemos de propio más que el pecado, y nos lleva a condenarnos a penitencia, a desconfiar de nosotros mismos, y a implorar continuamente la misericordia de Dios. La humildad se expresa entonces bajo forma de aceptación resignada de todo tipo de confusión y desprecio a nuestros propios ojos, y de humillaciones y desprecios de parte de los demás, como algo que nos es debido.*

#### **4º Práctica de la humildad.**

Para practicar y acrecentar la humildad, la religiosa ha de adoptar la actitud de «*permanecer en la verdad*» o de «*andar en la verdad*», tanto en la verdad de su condición de creatura como en su condición de redimida y de pecadora; ya que Dios es la suma Verdad, y no puede tolerar que nadie se coloque voluntariamente fuera de ella. Para ello:

1º Ante todo, ha de **prenderse de una santa pasión por la humildad**, ayudándose de meditaciones asiduas hechas a la luz de las enseñanzas y de los ejemplos de Jesús, de María y de los Santos, y de súplicas constantes al Corazón de Jesús y al Corazón de María.

*La contemplación del Verbo de Dios anonadado en su encarnación, de los misterios de su vida y de su Pasión, y de la continua dependencia de Nuestra Señora, «la esclava del Señor», han sido siempre la fuente genuina en que la piedad cristiana ha discernido el más perfecto sentido de humildad; porque tanto en Nuestro Señor como en la Virgen María, la humildad brilla en su motivo formal de sumisión a Dios, y no en razón de una condición miserable y pecadora, que en ellos no existía. No puede haber humildad más sólida que la que nace del deseo de imitar esta dependencia y sumisión de Cristo y de María.*

2º Luego, debe **reconocer, a través de los beneficios recibidos de Dios, el lugar que Dios le asigna**. Todos nosotros hemos recibido de Dios, por pura bondad, cuantiosos dones; ahora bien, esos dones nos colocan en el pensamiento y en el plan de Dios respecto de nosotros.

*La religiosa ha de tener así una sola ambición: llegar a ser plenamente lo que es en la mente divina, ni más ni menos. Este pensamiento la ha de llevar: • a conformarse con lo que Dios ha querido darle; • a no compararse con las demás, excluyendo toda actitud de envidia, emulación o queja hacia ellas; • a tender con generosidad a lo que Dios le propone, convencida de que por este medio le va señalando Dios su lugar, el que ocupa en la mente divina.*

3º Asimismo, debe **adoptar como pauta la fidelidad a Dios**: fidelidad a su vocación de cristiana, a su vocación de alma consagrada, a los diferentes talentos que Dios le ha otorgado.

*Todo lo que Dios pide a la religiosa es que se mantenga en los dones recibidos de El; con lo cual pasa a «caminar en la verdad» (II Jn. 1 4), a «mantenerse en la verdad» (Jn. 8 44), a «santificarse en la verdad» (Jn. 17 17): • como creatura: rindiendo a Dios el tributo de la religión, del cumplimiento fiel de la Regla, de la observancia de los votos; • como redimida: animando toda su vida de actitudes filiales, con las que vaya centrándose en Nuestro Señor Jesucristo.*

4º Finalmente, en razón de su condición de pecadora, debe la religiosa **cultivar la conciencia y convicción de sus propios límites, defectos y miserias**, que la hagan desconfiar de sí misma, reputarse por nada, y no buscar en nada la alabanza de los hombres, sino sólo el agrado de Dios.

*Con sinceridad debe la religiosa reconocerse despreciable, y aceptar las humillaciones y desprecios que se le presenten, como siéndoles debidos en estricta justicia. «El que bien se conoce, tiénese por vil... El verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo es altísima y doctísima lección. Gran sabiduría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada... Todos somos flacos; mas tú a nadie tengas por más flaco que a ti» (IMITACIÓN DE CRISTO, libro I, capítulo 2, 1 y 4).*